

Relato "Latitud"

Los ángeles viejos. Liberterias/Prodhufi. Madrid, 1989

*¿Adonde el Paraíso,
sombra, tú que has estado?*

Rafael Alberti, Paraíso perdido

Aquel verano, las cosas tenían el sabor de los bollos calientes con mermelada y las canciones de los Bravos. Cuando papá me dejó frente al puente, bajando lo justo del coche para ayudarme con la maleta negra, pude ver aquellas figuritas pequeñas, una junto a otra, como preparadas para una inspección militar, bajo la entrada de lilas; entonces, mientras miraba el descapotable alejarse y a ella junto al volante, el pelo suelto al viento tan distinto al de mamá, como una huida, como el mismo perfil de su risa perdiéndose por el camino de almendros, pensé que aquello sería eterno. Miré el agua que cabrilleaba bajo el puente riendo en su lecho de helechos y piedras blancas, pensando adonde iría, si bajaría como ellos bajaban ya por el camino ansiando llegar al mar, a la costa, al verano de veleros centelleantes bajo el sol, de hombros desnudos y bronceados, y de golpe fue un alud de risas y besos, de colonia de violeta y un vago olor a alcanfor y cómo ha crecido qué muchachita tan guapa igualita igualita que su madre es una muñeca calla tonta que se va a poner triste empujándome hacia la casa con sus manos pequeñas y blancas y brillantes como papiros desgastados por el tiempo, hacia la casa que se abría ante mí con sus lilas, sus palmeras, sus rosales trepando por viejas paredes ocre.

"Francisco", dijo tía Isolina con imperioso tono de mando, "coja la maleta de la pequeña y llévela a su favor ¿verdad?" Después me tomó de la mano y la apretó, riéndose como si hubiera hecho alguna travesura: 'Tú verás qué habitación tan linda te hemos preparado; hice las cortinas nuevas para ti cuando mandó recado diciendo que venías." Se agarró la barbilla con la mano, con un dedo entre los labios y murmuró, agitando la cabeza: "No cambiará nunca, ese muchacho... cómo puede haberte..." volvió a mirarme: "unas bonitas cortinas para mi pequeña... las hice de *Liberty* ¿sabes?, compré la tela hace muchos años, cuando estuve en Londres... entonces todavía era joven... ¿tuviste buen viaje, corazón?" y sin dejarme responder intervino

uía Ernestina: "Qué va a tener con ese loco al volante, calavera, presentarse aquí con ella, pobre criatura... le habrá dado el viaje." "¿Te duelen los oídos, bonita?" dijo tía Isolina, "esos coches de ahora... esos monstruos infernales, ¡demonios! ¡cómo vuelan!" y levantó las manos al cielo como pidiendo auxilio divino para luchar contra lo que ella llamaba "monstruos infernales", "ingenios abominables", "caballería moderna", abriendo mucho la boca y elevando el tono de voz, enfatizando cada una de la palabras como si así pudiera exorcizarlos.

Porque tía Isolina y tía Ernestina iban en coche de caballos. Los domingos. Francisco se levantaba temprano y dedicaba gran parte de la mañana a preparar los arreos, abrillantar el viejo "carruaje" -como lo llamaban ellas- y cepillar a los dos tristes percherones que se dejaban hacer mansamente como si su vida entera se prolongara en un largo bostezo. A las once y media en punto bajaban ellas, adornadas con sus trajes de seda -verde manzana el de tía Ernestina, azul celeste el de tía Isolina-, esos trajes de cuello redondo, pequeño, abotonado, con olor a espliego en el ojal; provistas de sombrillas blancas que tía Isolina hacía girar coquetamente entre sus manos como hubiera hecho cualquier jovencita a principios de siglo, paseando por los Campos Elíseos, sabiéndose observada por apuestos galanes. Sólo que ellas, muy derechas sobre el carruaje ya quejoso por los años, iban arriba y abajo del camino, con los almendros como galanes porque no había nadie a quien visitar, ni aristocráticos jardines por los que pasear, sino sólo una carretera más allá del camino, y un pueblo pequeño al que ya nunca bajaban. Pero cuando el coche enfilaba el puente y luego volvía a atravesarlo al cabo de una hora -con breves intervalos en que se le oía acercarse, el golpear de los cascos en la gravilla del camino adelantándose a sus perfiles pasando arriba y abajo en un gesto inmóvil, altivo, como si estuvieran desfilando frente a un regimiento de húsares- era un alborozo en las risitas de ellas, en el temblor que cruzaba, un relámpago rezagado, último resto de vida, el lomo de los caballos. Luego, Francisco las ayudaba a apearse, con una leve inclinación, sosteniendo su mano con delicadeza, como hubiera hecho un caballero en los viejos tiempos. Porque ellas pensaban que tío Jacinto debía esperarlas a la vuelta para ayudarlas a descender del carruaje, pero a tío Jacinto "el coche fúnebre", como él lo llamaba, le traía sin cuidado y ni siquiera se molestaba en negarse cuando tía Isolina y tía

Ernestina insistían en que debía acompañarlas; simplemente, se daba la vuelta y al poco aparecía montado en su caballo negro que galopaba con brío y al que había enseñado a golpear con las patas en la puerta de la casa cuando fustigaba el aire. Así que tío Jacinto se divertía haciendo esto cuando tía Isolina y tía Ernestina todavía dormían, y el caballo pateaba la puerta con insistencia de modo que la casa parecía venirse abajo y ellas bajaban por la escalera, tía Ernestina con su cabello perfectamente blanco, liso, recto, como una puerta de acceso hacia su rostro, ahora un poco desordenado, soplando, en un gesto inútil por apartarse los mechones que le caían sobre los ojos antes de hacerlo con la mano, repitiendo lo de siempre, como queriendo mostrar una furia que en realidad no sentía, y tía Isolina un poco rezagada, aún en el rellano de arriba, con la redecilla alrededor de su pelo corto y el/camisón cayendo hasta los pies blancos y un poco de malicia en los ojos porque ella sabía tan bien como tía Ernestina que eso formaba parte del juego, que si tío Jacinto no estuviera allá, tras la puerta, fustigando el aire mientras el caballo la coceaba, algo se perdería y entonces terminaban de bajar y las dos abrían la puerta viendo ya como caballo y jinete desaparecían veloces tras el puente.

"Tendrás que perdonar a tu tío," dijo tía Isolina, "ha tenido que salir, sabes... un recado urgente." "Qué urgente ni qué ocho cuartos," dijo tía Ernestina, "Jacinto no ha tenido más recado urgente en toda su vida que correr tras la primera falda que se le pone a tiro." "¡Ernestina!" exclamó tía Isolina, juntando las manos, "no digas esas cosas delante de la pequeña... ratón..." y me miraba a mí "...vas a tener una habitación linda, muy linda, como en los cuentos de hadas, ¿ves allá?" y señalaba una esquina de la casa, con un gran ventanal pintado de azul inglés salpicado de rosas rojas, "esa es tu habitación, una linda habitación para mi pequeña." Me besó en la frente, con sus finos labios dormidos y fue como cuando mamá me compraba algodón dulce en las ferias. "Este señor que has visto es Francisco, está en casa desde hace tanto... ya ni me acuerdo... va a quererte tanto como nosotras, también tío Jacinto va a quererte mucho, corazón, aunque tendrás que perdonarlo... es un poco rudo, ¿sabes? un poquito salvaje... pero muy bueno ¿verdad?" y miraba a tía Ernestina. "Es tan bueno, tan bueno..." dijo tía Ernestina mientras subía las escaleras que daban al pórtico seguida de tía Isolina, "que Dios le conservará la vida y acabará enterrándonos a todos,

por no decir que acabará enterrándolo todo porque, seguramente, está enterrado ya. Vamos, ven," me dijo desde arriba y tía Isolina hacía un gesto de disgusto. Y yo las queriendo mostrar una furia que en realidad no sentía, y tía Isolina un poco rezagada, aún en el rellano de arriba, con la redecilla alrededor de su pelo corto y el/camisón cayendo hasta los pies blancos y un poco de malicia en los ojos porque ella sabía tan bien como tía Ernestina que eso formaba parte del juego, que si tío Jacinto no estuviera allá, tras la puerta, fustigando el aire mientras el caballo la coceaba, algo se perdería y entonces terminaban de bajar y las dos abrían la puerta viendo ya como caballo y jinete desaparecían veloces tras el puente.

"Tendrás que perdonar a tu tío," dijo tía Isolina, "ha tenido que salir, sabes... un recado urgente." "Qué urgente ni qué ocho cuartos," dijo tía Ernestina, "Jacinto no ha tenido más recado urgente en toda su vida que correr tras la primera falda que se le pone a tiro." "¡Ernestina!" exclamó tía Isolina, juntando las manos, "no digas esas cosas delante de la pequeña... ratón..." y me miraba a mí "...vas a tener una habitación linda, muy linda, como en los cuentos de hadas, ¿ves allá?" y señalaba una esquina de la casa, con un gran ventanal pintado de azul inglés salpicado de rosas rojas, "esa es tu habitación, una linda habitación para mi pequeña." Me besó en la frente, con sus finos labios dormidos y fue como cuando mamá me compraba algodón dulce en las ferias. "Este señor que has visto es Francisco, está en casa desde hace tanto... ya ni me acuerdo... va a quererte tanto como nosotras, también tío Jacinto va a quererte mucho, corazón, aunque tendrás que perdonarlo... es un poco rudo, ¿sabes? un poquito salvaje... pero muy bueno ¿verdad?" y miraba a tía Ernestina. "Es tan bueno, tan bueno..." dijo tía Ernestina mientras subía las escaleras que daban al pórtico seguida de tía Isolina, "que Dios le conservará la vida y acabará enterrándonos a todos, por no decir que acabará enterrándolo todo porque, seguramente, está enterrado ya. Vamos, ven," me dijo desde arriba y tía Isolina hacía un gesto de disgusto. Y yo las miré a las dos, tía Isolina aún subiendo las escaleras, enmarcadas por la puerta que emergía al fondo de una luz verde tan tenue como el agitar de alas de una mariposa. "¿Me dejarás tener gusanos de seda?" pregunté, "papá nunca me ha dejado." "Lo que quieras, bonita," dijo tía Isolina. "Aquí un gusano más no molesta," dijo tía Ernestina, "en esta familia, ya estamos acostumbrados."

Cuando papá decidió que aquel verano iba a llevarme allí y luego ya veríamos estoy muy ocupado tienes que comprender tan reciente lo de tu madre cuando bastaba una ojeada aunque una niña de siete años para darse cuenta de todo, habló de ellas como siempre había oído hablar en la familia, siempre "Las Cubanitas", muy raras veces "tía Isolina" o "tía Ernestina", porque aunque habían vivido pocos años en Cuba -la primera infancia, como en un suspiro, lo justo para recordar, como en sueños, jardines exóticos en que los colores de las flores se confundían con rostros donde los dientes eran como la espuma de olas negras, altas palmeras, playas extensas e interiores en la penumbra del mimbre- llevaban consigo una pronunciación suave que las distinguía del acento común y un modo de vida que las convertía en algo así como las últimas guardianas en una galería de retratos de familiares muertos a punto, ellas también, de pasar a la posteridad, sólo que entonces el único atisbo de vida sería algún ratón curioso, cruzando rápido e imperturbable, ajeno a las miradas de tanto muerto vivo. Su bisabuelo había partido hacia Cuba para hacer fortuna; consiguió tener una extensa plantación de caña de azúcar y varios cientos de esclavos negros. Se casó a los treinta y un años con una catalana a la que conocía desde antes de partir y tuvo un hijo legítimo que heredó de su padre no sólo la fortuna, sino también la afición al juego y las mujeres; con el tiempo, ambas cosas llegaron a incrementarse notablemente en detrimento de la primera. El hijo mayor de éste, padre de "Las Cubanitas", fue un hombre sobrio cuyo único vicio conocido -si es que a esto puede llamarse así- fue enamorarse locamente de una prima carnal suya, Fanny, a la que conocía sólo por fotografía y con la que se casó por poderes, después de haber mantenido una corta correspondencia, con la oposición de toda la parte interesada de su familia, ya que ella carecía de fortuna. Tuvieron cinco hijos: el abuelo Narciso, la tía Fanny, el tío Jacinto. la tía Isolina y la tía Ernestina. Tía Fanny murió a los pocos meses de nacer y tía Isolina conservaba una fotografía suya que le habían tomado después de muerta, aunque parecía como dormida, tan pálida en el blanco y negro de la foto, con el vestidito de bautizo, todo lleno de brocado -eso me lo había hecho notar tía Isolina porque allí yo sólo distinguía unos hilillos que hacían sobre la tela el dibujo como de un panal y entonces ella dijo que eran de oro y plata y yo por qué, porque su padre había querido lo mejor para la nifta, tanto tiempo esperándola y entonces...-; esa historia me daba mucha pena y me parecía como la historia de la familia entera y me preguntaba si sólo

parecía muerta y en realidad estaba dormida o si era al revés. Fanny nunca se recuperó de la muerte de su hija; a partir de ese momento lo achacó todo al clima tropical y la isla, que hasta entonces le había parecido el paraíso, empezó a cobrar formas más y más borrosas. Vivía en la nostalgia de su tierra, le hizo prometer a su marido que pronto volverían a ella, y él, tanto o más loco por ella que cuando sólo conocía su imagen en la fragilidad del papel, decidió emprender la construcción de aquella casa color ocre donde ahora vivían tía Isolina, tía Ernestina y tío Jacinto para que pudiera dejar Cuba con la seguridad de un hogar formado, sin la inquietud que producía el tener que buscar alojamiento con los hijos y el equipaje y los sirvientes y toda la casa auestas. A partir de ese momento, fue "La casa del Indiano" y cuando él murió y quedaron sus hijas como únicas veladoras -con tío Jacinto no se podía hablar de "quedar" porque él siempre iba arriba y abajo montado en su caballo y la mayoría de las veces nadie sabía donde estaba- pasó a ser "La casa de las Cubanitas".

Tía Isolina me llamaba "preciosa", "pequeña", "muñeca", "corazón", "ratón" y cosas parecidas; tía Ernestina, "la niña", y tío Jacinto, simplemente Juana. Me bastó una ojeada para darme cuenta de que tía Isolina tenía razón con él; era un poco duro, un poco salvaje, como las plantas que crecen a su aire, sin cuidado alguno y luego un jardinero puntilloso se empeña en cuidar sin demasiado éxito: como esas yedras que se retuercen en su ascensión por los árboles, a las que hay que cortar de cuajo para obligarlas a una forma limpia, doméstica. No había nada que hacer, ya podía enfurecerse tía Ernestina y reprimir con una seriedad que rayaba en lo contrario tía Isolina: para él, poner las botas de montar embarradas sobre la mesa de la cocina era tan natural como beber champán en las sutiles copas de cristal que las tías habían conseguido salvar de lo que tía Ernestina solía mencionar como "la dilapidación de la casa".

Tío Jacinto era un bon vivant. No se le conocía más oficio que el de cepillar cuidadosamente a su caballo, alimentarlo, adiestrarlo -con la finalidad de provocar las carreras matutinas de sus diminutas hermanas- y sacarlo de paseo para que se mantuviera en forma. Black Thunder -así se llamaba el caballo porque, aunque los conocimientos de inglés de tío Jacinto eran muy precarios, la familiaridad con una joven institutriz inglesa contratada por su madre para que enseñara a "los niños" y

despedida bruscamente unos pocos meses más tarde, y su pasión por todo lo inglés (desde las chaquetas de tweed y los jerseys de cashmere hasta las cacerías de zorros campo traviesa) le permitían entrar con justicia en lo que él llamaba "el club de los anglofilos" y así, en la biblioteca de la casa podía encontrarse desde el King Lear de Shakespeare hasta Heart of darkness de Conrad pasando por la Jane Austen de Pride and Prejudice aunque, a juzgar por lo que producía el tener que buscar alojamiento con los hijos y el equipaje y los sirvientes y toda la casa auestas. A partir de ese momento, fue "La casa del Indiano" y cuando él murió y quedaron sus hijas como únicas veladoras -con tío Jacinto no se podía hablar de "quedar" porque él siempre iba arriba y abajo montado en su caballo y la mayoría de las veces nadie sabía donde estaba- pasó a ser "La casa de las Cubanitas".

La vida transcurría con la calma de las rosas desmayadas sobre el té, entre carrerillas de las tías en el piso de arriba, como un zig-zag de ratones, Black Thunder que nos desvelaba con su vocear de cascos, potentes manecillas de un reloj despertador, las abruptas carcajadas de tío Jacinto y el silencio lento de Francisco. Me despertaba con el olor de los bollos preparados por tía Ernestina de un día para otro -había aprendido a hacerlos observando a una cocinera antillana que habían tenido entre bofetadas de Narciso y Jacinto que a sus trece y diez años se volvieron tremendamente peleones y preguntas de Isolina sobre la hermosa isla dejada atrás- que Francisco se encargaba de hornear muy de mañana, y me acostaba con el olor de lilas y rosas en el que parecía flotar la sensación tristemente mustia que produce el encontrar un traje apelillado olvidado en un armario durante mucho tiempo.

Una mañana, al poco tiempo de llegar, encontré sobre la mesa de la cocina una gran caja gris. Tía Isolina me miraba, las manos sobre el regazo y una expresión de felicidad absoluta en sus ojos. Tía Ernestina despistaba vigilando la superficie de los bollos que terminaban de dorar en el horno. "¿No vas a abrirlo?" dijo tía Isolina, "Francisco lo ha traído especialmente para tí." Francisco estaba detenido junto a la puerta; tras él, el sol empezaba a perfilar los contornos de las cosas: el lavadero, las macetas de geranios que tía Isolina se encargaba de cuidar en la parte trasera de la casa, un gato esperando paciente las sobras con que tía Ernestina solía alimentar a tanto extraviado. Me acerqué a la caja, levanté un poco la tapa, para espiar en su interior: un vaho espeso, dulzón, ligeramente mareante, me golpeó la cara. Terminé de levantarla: sobre un

verde violento aquellas formas blancuzcas, pastosas, movían tenazmente las cabezas pequeñas, desproporcionadas, negras. En el silencio de la cocina, el trabajar laborioso de sus diminutas mandíbulas producía el sonido de la lluvia mezclada con granizo. "No son muy agradables, ¿verdad?" dijo tía Ernestina mientras abría la portezuela del horno y sacaba una placa metálica de su interior, con los bollos dispuestos ordenadamente como montañas solitarias en un campo amenazando lluvia. "No hagas caso," dijo tía Isolina, "vas a ver lo lindos que son cuando forman el capullo... y luego sirven para hacer lindas cosas como ésta." Se tocó el pañuelo floreado que llevaba alrededor del cuello. "Francisco dice que son tardíos, mira, si no, sólo tendrías unos huevecitos así, así de pequeños," y juntaba el índice y el pulgar para indicar que el tamaño no llegaba siquiera al resquicio milimétrico que quedaba entre sus dedos. "¿Qué son tardíos?" pregunté, "¿van a morir ya? ¿es por eso que huelen así?" Tía Isolina sonrió: "Francisco dice que normalmente el ciclo se cumple de primavera en primavera pero éstos, debido al clima, lo hacen de un verano a otro." "¿Y por qué huelen así?" volví a preguntar, "¿van a seguir oliendo siempre así?" "Ratón..." dijo tía Isolina, "...es cosa de la naturaleza." Tía Ernestina puso una fuente de bollos delante de mí, y mientras dejaba un vaso de leche sobre la mesa, con un golpe seco, sentenció: "Todo lo que come, huele." "Qué poco sutil eres, Ernestina," dijo tía Isolina, "no seas grosera." "Dice la verdad," se oyó una voz antes de que él apareciera junto a Francisco, "olemos para no olvidar nunca que, mientras vivimos, tenemos ya un pie en la tumba; olemos cuando nacemos, olemos cuando amamos, olemos cuando defecamos y olemos cuando nos pudrimos dentro de la caja."

Tía Isolina se tapó la cara con ambas manos después de una fugaz ojeada a las botas embarradas de las que sobresalían las piernas de tío Jacinto, ni largas ni cortas, enfundadas en pantalones de montar color teja; de la americana, abrochada sólo en el primer botón, surgía la corbata de un color verde azulado; con la mano derecha apoyada en la cintura sostenía la fusta. La hizo centellear en el aire y un chasquido seco sirvió de contrapunto a sus palabras. "Tengo razón porque la tengo y nada más," dijo tía Ernestina, "no porque tú me la des y ¡quita esos botarrones de ahí!" Tío Jacinto soltó una risotada y se plantificó en medio de la cocina dejando un rastro de barro tras él. "Te digo que salgas ahora mismo de la cocina, si no... te echo a escobazos," se creció tía Ernestina. Tío Jacinto hizo como si no oyera, se puso a mi lado y, desde ahí,

miró en el interior de la caja. "Interesante..." dijo, "...también yo los tuve a tu edad, pero no pude soportarlos más de una semana, acabé ahogándolos con las propias hojas." "¿Ahogándolos?" dije yo, "¿cómo, ahogándolos? ¿les pusiste agua?" "Con las propias hojas, he dicho, me cansé de cambiar las viejas hojas sucias donde habían estado refocilándose por otras tiernas y tresquilas, así que las nuevas se amontonaban sobre las viejas y a su vez se volvían viejas y cada vez había una capa más gruesa de hojas, de modo que yo miraba cada día para ver si ellos habían conseguido atravesar aquella muralla y cada vez hubo menos hasta que al final no hubo ninguno." "¿Quiere decir eso que los mataste?" pregunté yo. "No," contestó, "quiero decir que se murieron; yo, simplemente, me limité a poner hojas." "¡Jacinto... por dios!" dijo tía Isolina. Tío Jacinto se llevó la mano a la frente, se inclinó, saludó y dio media vuelta. Cuando iba a salir, dije: "Me llevarás alguna vez a caballo, ¿verdad?" "Depende de como te portes con esos gusanos," contestó, "para montar a caballo, tienes que aprender primero a..." "¿A qué?" pregunté yo. "A nada," contestó, "...Black Thunder no soporta a los sentimentales."

Pero ni yo ahugué los gusanos con hojas, ni Black Thunder distinguía a un sentimental a un palmo de su hocico, ya que galopaba día a día con aquella figura que parecía unida a él como la cabeza y el tronco en el cuerpo de un centauro. De modo que un buen día nos despertamos, como era habitual, con el atormentado cocear de Black Thunder en la puerta principal, pero esta vez tío Jacinto gritaba con una voz de lucha como en un encontronazo de titanes: "¿No dijiste que cuándo íbamos a llevarte? ¡Aquí estamos! ¡Vamos, baja! ¡Juana, baja!" Aparté la sábana de un tirón, me calcé las sandalias cogiendo al vuelo mi rebeca y me precipité escaleras abajo. Al abrir la puerta, jinete y caballo me parecieron salidos de una película de aventuras, con Black Thunder levantado sobre sus patas traseras y tío Jacinto tronando sobre un fondo pálido en que la mañana empezaba a salpicar brillantes colores: "¡Una amazona en pijama!" Me miré los pantalones del pijama a rayas, cortados justo sobre el tobillo. Parecían de presidiario. No había tenido un pijama nuevo desde entonces. Papá no se preocupaba de comprarme ropa y las cosas empezaban a venirme un tanto pequeñas. Tras un silencio en que sólo se oían los bufidos impacientes de Black Thunder, dije sin inmutarme: "Que yo lleve o no pijama importa un pimiento... puedo hacerlo mejor que tú." "¡Vaya mujer! Aquí, Ernestina diría que has heredado la justa vena familiar."

¡Vamos, sube!" Así que yo bajé las escaleras y, mientras veía el vaho blanco que salía del hocico de Black Thunder, él me cogió por la cintura y me levantó hasta la silla. Me agarré a su eterna chaqueta de tweed -luego descubrí que tenía un armario lleno de ellas, todas iguales-. "¡Como no te cojas a mi cintura, vas a caerte!" gritó tío Jacinto, pero yo seguí aferrada a los huecos pliegues de su chaqueta. "¡Ahora verás lo que es bueno!" exclamó tío Jacinto y, tras un corcovo en el aire, Black Thunder se lanzó sobre el puente y, a un movimiento que imprimió tío Jacinto a las riendas, rugió camino arriba.

El aire frío de la mañana daba a las crines de Black Thunder, a mi cabello, movimiento de huida. Tío Jacinto, con el cuerpo inclinado al frente, parecía un diestro jockey en una solitaria competición donde los espectadores -la hierba blanqueada de rocío, los almendros empezando a despertar de su pereza nocturna, la grava del camino apenas trastabillada por el urgente galopar de Black Thunder-, acostumbrados como estaban la imagen de aquel extraño centauro volador, parecían observarlo displicentes, como si fuera ya uno entre tantos elementos del paisaje, un poco más ruidoso, un poco más inconsciente de su propia fragilidad. Pensé que tampoco él era tan distinto a la tías, con la cabeza olfateando el aire, adelantándose en un gesto de avidez, ansia de gozar los últimos placeres antes de que Black Thunder se detuviera, esta vez de verdad, al final del camino. Sólo que el ropaje era distinto, tía Isolina y Tía Ernestina dentro de su hábito de mujeres, ancladas a un pasado -con un cierto realismo desalentado tía Ernestina- como a un paraíso perdido al que no se podía volver más que fingiendo creer que estaba ahí, inmóvil, intacto, al alcance de la mano tendida voluntariosamente hacia él.

En el recodo final, allí donde el camino se estrechaba en un recóndito sendero internándose en el bosque de hayas, hizo dar la vuelta a Black Thunder. "¿No continuamos?" pregunté yo. "Ese bosque es el de los placeres prohibidos," dijo en un susurro, y su voz sibilante se me hizo extraña, tan acostumbrada estaba a la fuerza que acompañaba a sus palabras. "Cuando seas mayor," siguió, recuperando su tono usual, "entonces podrás entrar en el bosque de hayas, no antes." "¿Es que no soy mayor?" pregunté. Se giró y, tras un silencio, dijo: "Abróchate el jersey, vas a coger frío." Cuando me dejó en la explanada frente a la casa, con tía Isolina al pie de las escaleras retorciéndose nerviosamente las manos, mi rebeca seguía abierta.

A la mañana siguiente de haber encontrado la caja gris en la mesa de la cocina, empecé a notar algo extraño en los gusanos de seda. Parecían haber perdido el apetito, sus mandíbulas ya no cizallaban con avidez las hojas de morera, apenas se movían y, en ese estado, como muertos, unos hilillos blancos y viscosos inmovilizaban sus cuerpos pequeños a las esquinas de la caja. Corrí a buscar a Francisco. "Algo raro les pasa a los gusanos de seda," le dije, "creo que se están muriendo." Francisco me siguió con su calma habitual y, tras dar un vistazo, dijo tranquilamente: "Sólo están mudando la piel." "¡Ah...!" dije yo sorprendida por la seguridad de su afirmación, "y ¿qué es mudar?" "Están cambiando la piel," contestó, "como las serpientes. La cambian cuatro veces y, a juzgar por el tamaño que tenían cuando los traje, deben ir ya por la segunda." "¿Va a durar esto mucho? ¿crees que sufren?" pregunté. "No más de un día," contestó. "¿Pero les hace daño?" volví a preguntar. "Todo cambio lleva en sí un sufrimiento," dijo Francisco, "aunque no nos demos cuenta," agregó después. Me quedé un poco pensativa; luego, cuando él salía ya por la puerta de la cocina, añadí: "¿También yo cambiaré de piel como ellos?" Se giró, el rostro delgado donde casi podía verse la transparencia de los huesos: "También. Por la tarde, mientras observaba sus esfuerzos –los codos contra la mesa de la cocina, la barbilla apoyada en las palmas de las manos-, el retorcerse lento, angustiado de sus cuerpos, pensé que iba a ser mejor quedarme con la piel que ya tenían. "¿Por qué tienen que cambiar de piel?" le pregunté a tía Ernestina que terminaba de almidonar el cuello de uno de los vestidos de tía Isolina. "Porque la antigua ya les viene pequeña," contestó. "¿No sería mejor dejar de crecer y quedarse como antes?" pregunté. "Dicen que la naturaleza es sabia..." dijo tía Ernestina, "...pero por lo que veo, anda un poco despistada. Si fuera yo mamá Naturaleza, otro gallo cantaría." "¿Qué gallo?" pregunté yo, "¿es un gallo tío Jacinto?" –porque había oído decir a tía Ernestina en las comidas que tanto gallear Narciso, tanto gallear Jacinto, tanto antiguo gallear de qué había servido y siempre que decía esto hablaba de enterrar algo de modo que yo entonces no entendía nada- "A ese gallo iba a cambiarle yo la piel a la fuerza... ¡Arrancársela a tiras, eso es lo que iba a hacer, a ver si le salía una nueva!" exclamó tía Ernestina, empezando a planchar el cuello con energía.

Por aquel entonces, ya me había entrado la comezón de bajar al pueblo, así que empecé a hablarle de las hojas de morera a tía Isolina, porque yo sabía que ella en

realidad no era un obstáculo, que con su ayuda podría convencer a tía Ernestina, y dije que estaban un poco secas últimamente, que los gusanos de seda estaban como tristes, que si yo bajaba con Francisco podía ayudarle a coger las mejores -y aunque era cierto que Francisco no veía muy bien, no lo era que las hojas no estuvieran en perfectas condiciones: él tenía un sexto sentido, y lo que el ojo le engañaba, lo suplía con el tacto mientras se ponía de puntillas para alcanzar las hojas de las moreras que bordeaban el paseo del pueblo. De modo que al final estuve encaramada al pescante del "carruaje" mientras Francisco conducía a los percherones en un trote cono. Así conocí a Dioni.

Dioni tenía trece años, era alta, delgada, su cabello castaño oscuro caía en una melena que le acariciaba los hombros cuando movía la cabeza. Trabajaba en el colmado y yo la miraba desde debajo del mostrador, subida a lo alto de una ruinoso escalera de madera mientras Francisco iba desgranando la lista que las tías le habían entregado: detergente, lejía Conejo, limpiacristales Netol, galletas 122, chocolate Suchard con leche... y todas las cosas parecían estar allá arriba, observando desde las alacenas de cristal que rodeaban la tienda como una cinta de color un sombrero de copa. Dioni tenía las piernas blancas; cuando subía y bajaba por la escalera, su falda corta se deslizaba sobre ellas dejándolas completamente al descubierto. Yo aspiraba el olor de las hojas de morera, ordenadas cuidadosamente en el capazo de paja que Francisco llevaba colgado al hombro y aquel olor, que para mí era verde y suave y limpio, se me confundía con el olor a leche y a manzanas y a jabón instalado en el aire como un cuerpo, como el verdadero ser de la tienda. La vieja Agnés asomaba de vez en cuando su cabeza teñida de agua oxigenada por la puerta del fondo y, al verme, se reía con su boca desdentada, se movía hasta el mostrador, abría un tarro de cristal y, con sus dedos doblados como garras de águila, picoteaba en su interior unos cuantos supositorios de regaliz, los envolvía en papel de seda y me los daba diciendo: "Para mi cubanita. Recuerdos a tus tías." A veces, también Dioni me regalaba chicles Bazoka de menta, que eran mis preferidos, y regaliz y sidral y caramelos de fresa. Mientras volvía con Francisco al carruaje, iba mostrando el regaliz en el tubito de sidral color naranja y le hacía preguntas entre chupada y chupada: ¿Dónde vive Dioni? ¿no tiene padres Dioni? ¿conoce a las tías Dioni? ¿crees que a Dioni le gustarían...?, mis gusanos, quiero decir.

A Dioni no sólo le gustaban los gusanos de seda, sino los perros, y los gatos y hasta las hormigas. Su madre era gorda y fea. con unos pechos abultados que le sobresalían ampliamente del sujetador. Viéndola, me parecía imposible que Dioni tuviera alguna relación con ella, pues lo que le sobraba en carnes le faltaba, además, en espíritu: malhumorada, chillona, geniuda, las breves apariciones de aquella mujer por el colmado iban siempre acompañadas de alguna reprimenda a la que Dioni solía responder, vehementemente, "Sí, madre." Les hablé a las tías de Dioni, y ellas estuvieron de acuerdo en invitarla algún día a subir a casa para que conociera a mis gusanos de seda.

Cuando los mirábamos, Dioni me preguntó si podía regalarle alguno. "Ahora no puede ser," contesté yo, "dice Francisco que si los cambio de sitio mientras crecen se pueden morir. Lo entiendes, ¿verdad?" "Claro," contestó Dioni, sin dejar de mirar el interior de la caja donde los gusanos estaban efectuando su última muda.

"Cuando salgan, ya estarán a punto," dije. "¿A punto de qué?" preguntó Dioni y su cara, al girarse hacia mí, tocaba casi la mía, de manera que yo la veía un poco bizca. "Para tener hijos," dije yo muy orgullosa de poder explicarle algo que ella no sabía. "Aaah..." exclamó Dioni con los ojos abiertos. Yo volví a fijarme en el interior de la caja y, señalando con el dedo, dije: "De estos, todavía no se sabe cuáles van a ser machos y cuáles hembras, pero en quince días, como mucho, saldrán de sus capullos de seda y se sabrá quién es quién y también tendrán hijos." "¿Cómo se sabrá?" preguntó Dioni, interesada. "Pues porque en las mariposas, como en las personas, se nota." aclaré muy ufana de mis conocimientos anatómicos, "Francisco dice que los machos tienen una media luna y franjas en las alas." "¿Como los hombres también?" inquirió Dioni. Me quedé pensativa, mirando los gusanos que se habían puesto gordos y brillantes. Entonces entró tío Jacinto gritando "Francisoooo...!" por no se qué problema con el forraje de Black Thunder y Dioni y yo inclinadas sobre la caja de modo que a Dioni debían vérselas las piernas como cuando subía por la escalera del colmado y tío Jacinto dijo un taco y yo no supe si era por Francisco o por las piernas de Dioni, tan fijo en ellas cuando nos dimos la vuelta y entonces mirándola de arriba abajo y otra vez aquello, haciendo chasquear la fusta en el aire como cuando Black Thunder coceaba la puerta muy de mañana.

A las tías les gustaba Dioni y, aunque tía Isolina la reprendía cariñosamente por su falda corta, a veces me dejaba ir con ella al río, donde Dioni solía coger cangrejos. Cuando llegábamos a la orilla se sacaba la falda, la dejaba cuidadosamente doblada sobre la hierba y entraba en el agua por la parte menos honda. Luego se afianzaba en las piedras del fondo con las piernas bien separadas e, inclinando el cuerpo hasta casi rozar la torturada superficie, permanecía al acecho con la mano izquierda apoyada en la cintura y la derecha hundida hasta el codo, como una excéntrica bailarina, ágil y blanca, saludando al final de una función. A Dioni le gustaba cazarlos así, decía que con las redes era hacer trampa aunque, a veces, el picotazo de sus pequeñas tenacillas - que a mí se me antojaban afiladas como dientes de tiburón- no resultaba muy agradable.

Entonces, un hilillo carmesí se deslizaba, pensativo, por los tobillos de Dioni y ella, después de haber metido los cangrejos en un morral de cazador, arrancaba alguna hoja y la apretaba contra la herida. Luego, extendía las piernas sobre la hierba y, con el cuerpo un poco inclinado hacia atrás, respiraba hondo. Yo le preguntaba si no le daba cosa que alguien la viera en bragas y ella se reía y decía mirando el río, y los árboles y el cielo que quién iba a verla como si yo no fuera quién sino qué, como el río y los árboles y el cielo.

A Dioni le gustaba sobre todo tía Isolina que, por aquel entonces, empezó a sentirse mal. Fue mientras plantaba los bulbos de narciso en uno de los parterres cavados por Francisco en la explanada que se extendía frente a la casa. Allí tía Isolina tenía tres rosales blancos -a los que el afanado galopar de Black Thunder no hacía ningún daño- y se empeñaba en que crecieran flores fuera de temporada.

Mientras horadaba la tierra blanda, oscura, con un punzón, separándola un poco con las manos ocultas bajo guantes de tela antes de meter el bulbo y enterrarlo, soñando ya con las hermosas flores que habían de crecer meses más tarde -aunque año tras año se negaban a salir de su letargo de bulbo y tierra-, tía Ernestina hacía breves apariciones: "No sé cómo te empeñas en ello, Isolina," decía moviendo la cabeza, "sería mejor que los plantaras en primavera, por lo menos ahora tendríamos flores... así nunca lo conseguirás." "Será tan lindo cuando nazcan los narcisos... ¡imagínate! ¡justo en otoño, cuando los árboles pierden ya las hojas," respondía tía Isolina. los ojos soñadores, las manos a punto de meter otro bulbo en la noche oscura de la tierra.

Entonces, tía Ernestina se daba la vuelta y desaparecía tras el pórtico murmurando: "No hay remedio... no hay remedio..., en esta familia, no hay nada que hacer." Yo le preguntaba a tía Isolina si también eran bulbos de narciso lo que enterraba tío Jacinto, porque tía Ernestina siempre hablaba de lo que había enterrado tío Jacinto, y de que si lo había enterrado todo y de lo que todavía estaba por enterrar y en ese momento empezaba a oír un silbido muy débil al principio, como si una cigarra agónica estuviera allá dentro del pecho de tía Isolina y fuera acercándose poco a poco hasta que decía "No es nada" y se enderezaba un poco, alisándose los pliegues del vestido. Luego decía que el abuelo Narciso y el tío Jacinto eran eso -porque aunque el abuelo ya estaba muerto, ella siempre hablaba en presente, como de tía Fanny y de sus padres y de toda aquella galería de retratos vivos en su mundo aparte-, como los bulbos que parecían una cosa y por dentro eran otra, con la flor latiendo bien escondida en su interior.

Pero a mí, tío Jacinto no me parecía ningún bulbo, porque éstos eran como cebollas secas, oscuros y escamados; en cambio, tío Jacinto parecía un gentleman y pensaba en qué tenía que ver un bulbo con los zapatos que tío Jacinto se calzaba algunas veces -entonces, cuando pasaba a mi lado y decía "Adiós, Juana", otra vez en un tono extrañamente sibilante antes de montar en Black Thunder, olía a colonia de violetas, como las tías-, porque tío Jacinto, a pesar de que él se negara a reconocerlo, había heredado los juanetes por rama materna y por eso tía Isolina recortaba cuidadosamente los zapatos, que él encargaba a medida de tanto en cuanto, allí donde iban a hacerle daño y luego se podía ver a Francisco pasear de un lado a otro por la explanada, de modo que se hacía extraño verlo con aquellos zapatos negros y relucientes como si no tuviera otra cosa que hacer que ensancharlos para que luego tío Jacinto se los calzara cómodamente, los agujeros sobre el juanete estratégicamente disimulados por calcetines negros.

Pero tía Isolina insistía en que tío Jacinto era como un bulbo mientras aquel silbido de cigarras agónicas en su pecho iba afianzándose más y más. Por aquel entonces, los gusanos habían empezado ya a hilar sus capullos girando sobre sí mismos en una sutileza de seda que iba envolviéndolos lentamente mientras las desapariciones de tío Jacinto en Black Thunder se espaciaban al tiempo que Dioni, aprovechando algunas tardes libres en el colmado y los fines de semana, nos visitaba con más frecuencia. A

veces, traía un comediscos que le había regalado la vieja Agnés el día de su santo y poníamos canciones de Los Bravos, que eran los favoritos de Dioni, y ella bailaba el Black is Black mientras yo miraba el vaivén de sus piernas blancas y pensaba en mis gusanos cuya forma ya sólo podía adivinarse bajo el entramado, cada vez más espeso, de sus capullos de seda.

A finales de julio, tía Isolina ya apenas se movía de la cama. Aquel ruido de cigarras había desaparecido de su pecho dando paso a una fiebre que la consumía lentamente. Por la tarde, subía a verla y ella preguntaba por sus bulbos y me encargaba la tarea de afianzar la cañas que protegían el parterre del galopar de Black Thunder y la inconsciencia de lío Jacinto. Luego, cuando ya tenía una mano en el pomo, inquiría en una voz como un murmullo lejano de abejas: "¿Cómo me encuentras, corazón?" y yo decía bien y algo como un puño me obturaba la garganta y una necesidad urgente de salir.

Tía Ernestina se esmeraba en sus bollos y había inventado una cobertura de mermelada de albaricoque, pero yo no conseguía pasar de medio, así que tía Ernestina dijo que algún día podía quedarse a dormir y, aunque ya no subía con el comediscos, era agradable sentarse en el pórtico cuando la tarde empezaba a caer y oír la reír cuando tío Jacinto aparecía y nos gastaba bromas. Después, cuando ya estábamos en la cama, Dioni tumbada sobre las sábanas, con los brazos cruzados tras la nuca, yo miraba su camisón blanco, sin mangas, mientras terminaba de encajar un vestido parecido a una de mis muñecas recortables, tan distinta con sus rosadas piernas y la cara mofletuda donde dos manchas de color terminaban de darle un aire como de poupée triste. "Has visto... tío Jacinto?" le dije un día a Dioni mientras dejaba uno de los cartones sobre la mesita de noche, los vestidos a medio recortar. "¿He visto qué?" contestó Dioni. "Ahora casi nunca se pone las botas de montar," dije, y le conté lo de los zapatos y ella se rió pensando en Francisco dando vueltas por ahí con los zapatos puestos como si eso formara parte de sus obligaciones, lo mismo que reparar los grifos de la casa, dar forraje a los percherones o pasear a las tías en el "carruaje" los domingos por la mañana. Luego se dio la vuelta, y yo le pregunté por qué pensaba ella que tío Jacinto había olvidado sus botas de manera que ella dijo, con una voz a punto de adentrarse en el sueño, que como las mariposas -¿no era yo quien le había hecho notar aquello?- con la media luna y las franjas bien marcadas en las alas de los machos.

A veces, Dioni ya se había levantado cuando yo me despertaba y mientras terminaba de vestirme mirando por el ventanal abierto, podía verla cruzar el puente, atravesar la explanada y dar la vuelta a la casa para entrar por la puerta de la cocina.

Cuando el médico dijo su última palabra, los gusanos habían terminado ya de hilar sus capullos de seda. Yo apenas me movía de la casa y, mientras me perdía en aquella perfección de óvalos blanco amarillentos, no hacía más que pensar en ella tendida en la cama con la manta de lana a cuadros arrebujaada hasta la barbilla, como una frágil figurita de porcelana enferma.

Tía Ernestina andaba más silenciosa que de costumbre y, en los breves intervalos en que no cuidaba del mantenimiento de la casa, se la podía ver con los geranios, con las rosas -a las que cortaba los capullos mustios, las hojas secas- y vigilando encarecidamente el parterre de bulbos como si ella misma se hubiera contagiado de la fiebre de tía Isolina, olvidando que sólo un milagro podía hacerlos florecer. El primer fin de semana de agosto, Dioni subió como de costumbre. Yo estaba muy impaciente porque Francisco me había asegurado que las mariposas no podían tardar mucho en salir. Aunque sabía que no lo hacían hasta el amanecer, estuve toda la noche del sábado haciendo carrerillas desde el pórtico hasta la cocina y Dioni se reía, y tío Jacinto decía que, de haberlos ahogado a tiempo, no andaría tan preocupada. Así, entre viaje y viaje, me sentaba un instante a recuperar el aliento en una de las sillas que sacábamos para tomar el fresco, y entonces, atender, aunque sólo fuera entrecortadamente, a las palabras de tío Jacinto que apoyado en la veranda cerca de Dioni rememoraba entre bromas antiguas conquistas, la voz que de tanto en tanto se le deslizaba sibilante como la flauta de un encantador de serpientes, era como sumergirse en un lago de calma, olvidada de la fiebre que, instalada en el piso de arriba, estaba a punto de adentrar el rostro de tía Isolina en aquella interminable galería de retratos, poniendo en supalma un billete de ida con los bulbos floreciendo en verano como una puerta de entrada al paraíso.

Luego, fuimos a acostarnos y estuvimos un buen rato con las muñecas de papel. Dioni me ayudó a recortar algunos vestidos y yo no entendía cómo le quedaban tan bien si eran las mismas tijeras las que recortaban. Y entonces pensé que estaría bien crecer, aunque sólo fuera para tener las piernas tan largas y blancas como Dioni, para recortar los vestidos como ella lo hacía, sin salirme de la raya. Mientras Dioni doblaba las

pestañas de un vestido rosa sobre la espalda tristemente plana de una de mis muñecas favoritas -era morena y el pelo, en una media melena, parecía querer balanceársele sobre los hombros, en una ficción de pintura y papel- pensé en los gusanos de seda que habían crecido devorando hojas de morera, dejando atrás su piel arrugada, brillante, con la transparencia de las cosas muertas.

Aquella noche tuve pesadillas. Los capullos se abrían como tela rasgada y de ellos surgían enormes mariposas de alas grises, el cuerpo como el de los gusanos aún sin transformar: blanco, grueso, la cabeza negra, pequeña, con las tenacillas trabajando incansables con un ruido de granizos golpeando en la tierra; y entonces empezaban a arremeter unas contra otras hasta que era sólo una extensión de alas inertes en el fondo de la caja, medias lunas destacando, intactas, sobre la superficie de aquella inútil destrucción.

Me desperté pronto: Dioni no estaba. Corrí hacia la cocina, todavía en pijama. El fondo de la caja era un agitar de alas cubriendo, prácticamente, aquellas formas que, la noche anterior, aún conservaban su perfección oval. La mayoría de los capullos aparecían agujereados por uno de sus extremos con un corte limpio, preciso. Corrí hacia las cuerdas y, sin decirle que aquello ya había sucedido, le pregunté a Francisco si sabía dónde estaba Dioni. "Estara paseando por el camino," dijo. "¿Hacia la carretera?" pregunté. Se quedó en silencio, la mano contra el pesebre donde los percherones comían. "Hacia el bosque de hayas," contestó.

Mientras corría, pensaba en cuán distinta sonaba mi carrera sobre la grava del camino al galopar de Black Thunder. Me parecía como si la tierra quisiera frenarme. Me apretaba la ingle con la mano derecha, intentando respirar bien para contener el dolor. Corría fija en el juego de luz y sombras que los almendros, apenas turbados por el aire de la mañana, proyectaban sobre el camino, como el entramado de una inmensa tela de araña extrañamente deforme. Al llegar al recodo, me detuve. El sendero descendía lentamente entre raíces de hayas que al sobresalir de la tierra formaban escalones. Me interné en él, con un ruido de hojas secas crispándose bajo las sandalias. En aquella enorme quietud, los árboles les parecían vivos. Frente a mí, una pequeña culebra, apenas delatada por el tenue movimiento de hojas, zigzagueaba por el sendero. La seguí, me agaché para verla más de cerca. Se detuvo y, tras un instante abierto en su camino como una duda, terminó de cruzar y penetró en el otro lado del

bosque como si toda aquella extensión que se perdía en la sombra fuera enteramente suya. Arriba, allá donde el bosque frenaba la luz forjando un sutil bastidor de hojas y ramas, algún pájaro aventuraba su canto, agudo como un vuelo rápido sesgando el aire. Olía a humedad, a hojas descompuestas, a tierra mojada. Seguí avanzando y, de pronto, todo el bosque pareció latir en aquel claro y su latido oscuro fue sólo sus piernas blancas en un lento vaivén como espuma de olas agonizando en la playa; con Black Thunder junto a la roca llana, gris donde los cuerpos se movían, mostrando apenas su impaciencia con el estremecimiento ondulándole el lomo de vez en cuando, un leve patear sobre las hojas muertas augurando la carrera que habría de lanzarlos de nuevo, centauro recuperado, camino abajo.

Sé que corrí, corrí con aquel dolor taladrándome la ingle como un cocear de caballos hasta llegar a la cocina donde tía Ernestina preparaba el desayuno. Me lancé contra ella y lloré con la cabeza oculta en su delantal, sin querer mirar la caja donde yo sabía que muchas estarían muertas, medias lunas y franjas sobre sus alas.

Tía Isolina murió la segunda semana de agosto. Apenas hubo nadie en el entierro: tía Ernestina, la vieja Agnés, Francisco, tío Jacinto y algunos familiares rezagados que se desplazaron para ver cómo una de "Las Cubanitas" entraba en la oscuridad de la tierra, al igual que sus bulbos, para no salir más. Aquel día, tío Jacinto condujo por primera vez el carruaje, con el ataúd bien firme detrás, con su perfil negro mirando al frente, esta vez por un camino donde los almendros eran ya, definitivamente, galanes desempolvados recuperando su antigua sazón.

Cuando el enterrador tiraba paladas de tierra sobre el ataúd, pensé que así estaba bien, con tía Isolina durmiendo su sueño eterno donde los narcisos florecían en verano y lo único a enterrar era un sueño que se había vivido como una vida, vislumbrando como un chispazo la realidad en el recordar de la isla perdida, de la antigua gloria familiar. Lo mismo debió pensar tío Jacinto cuando, antes de atravesar la verja del cementerio, se giró y, levantando la mano, en un último saludo, dijo: "Chao, hermana, guárdame bien el sitio." Y, aunque durante toda la semana había estado evitándolo, no pude dejar de sentir simpatía hacia aquel hombre que, no bien hubo pasado el funeral, se calzó de nuevo sus botas de montar y siguió enterrando, como tía Isolina enterraba bulbos, lo poco que restaba de la fortuna familiar. Papá no se presentó al entierro, mandó un telegrama diciendo que venía a buscarme.

Antes de partir, bajé hacia el río y dejé que el agua lamiera el interior de la caja. Miles de pequeños puntitos blancos fueron arrastrados, envueltos, sumidos por la corriente, desvaneciéndose como promesas rotas.

Cogió la maleta negra y la puso en el asiento trasero del coche. Luego me senté a su lado, en silencio. Antes de que arrancara en segunda, eché un último vistazo: los tres rosales blancos, el parterre donde las cañas protegían la efervescencia de un sueño, la figura pequeña bajo la entrada de lilas, el cuello almidonado, el vestido de seda azul, sabiendo que Francisco en las cuadras, y tía Ernestina en el piso de arriba y el centauro quién sabía dónde.